

La promoción de la gobernanza democrática y el diálogo político en el Mediterráneo
El papel de las fundaciones políticas

Promoting democratic governance and political dialogue in the Mediterranean
The role of political foundations

Pau Solanilla

Pau Solanilla Franco es Asesor Ejecutivo del Secretario de Estado para la Unión Europea en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Con larga trayectoria política y asociativa en las relaciones Euromediterráneas, ha sido Director Ejecutivo de la Plataforma no Gubernamental Euromediterránea, Adjunto a la Dirección de Programas y Jefe del Gabinete de Dirección del Instituto Europeo del Mediterráneo, Miembro de la Dirección del Centro Norte-Sur para la Solidaridad y la Cooperación del Consejo de Europa, Presidente del Foro Europeo de la Juventud y Secretario General de los Jóvenes Socialistas de la Unión Europea.

Ha publicado diferentes artículos y contribuciones en periódicos y revistas entre las que destacan "La refundación de la izquierda política en Marruecos" en la Revista FRC, "Una idea confusa" en el diario EL PAIS, la ponencia "Gobernanza y sociedad civil en el Mediterráneo" en la publicación -Balance y perspectivas de la Cooperación descentralizada entre gobiernos locales- o "Los partidos políticos y la UE" en el libro "Catalunya dins la Unió Europea. Política, economia i societat". Edicions 62. Barcelona 2002.

El presente texto está basado en la intervención en el marco del Seminario "Impulso de la democracia, la gobernanza y el diálogo en el Mediterráneo y Oriente Medio: las políticas españolas" organizado por La Fundació Rafael Campalans y la Fundació CIDOB en el "Second World Congress of Middle East Studies", celebrado en Jordania en junio de 2006

Abril de 2009

© d'aquesta edició: *Fundació Rafael Campalans*

Trafalgar, 12, entresòl, 1a.

08010 Barcelona

Tel.: 93 319 54 12 - Fax: 93 319 98 44

e-mail: fundacio@fcampalans.cat

www.fcampalans.cat

Impressió: Espai Gràfic Anagráfic, SL - Tel. 93 372 32 62

ISSN: 1138-4514

Dipòsit legal: B-47.542-97

Índice

La promoción de la gobernanza democrática
y el diálogo político en el Mediterráneo
El papel de las fundaciones políticas

1. Introducción	7
2. La Unión para el Mediterráneo, una oportunidad	9
3. Una nueva gobernanza. El retorno de la política.	13
4. El rol de las fundaciones de los partidos políticos	17

Promoting democratic governance and
political dialogue in the Mediterranean
The role of political foundations

1. Introduction	23
2. The Union for the Mediterranean: An opportunity	25
3. A new governance. The return to politics	29
4. The role of political party foundations	33

La promoción de la gobernanza democrática y el diálogo político en el Mediterráneo
El papel de las fundaciones políticas

1. Introducción

El Mediterráneo es una región altamente compleja y dinámica que necesita reencontrar de nuevo su lugar como zona privilegiada para el intercambio y encuentro entre sus pueblos en un mundo altamente cambiante y globalizado. El “*Mare Nostrum*” ha sido testigo y lo es todavía hoy de una historia y un patrimonio común, pero ha sido escenario igualmente de dramáticas confrontaciones y conflictos, algunos de los cuales todavía hoy desangran a la región como una carga demasiado pesada para generar un espacio de bienestar y prosperidad compartidos. El Mediterráneo es un espacio donde se yuxtaponen tensiones y conflictos. Enfrentamientos entre culturas y pueblos, con tensiones internas en numerosos países entre democracia y demagogia, en una lucha diaria entre libertad y tiranía.

Este viejo mar encuentra todavía condensadas, todos y cada una de las grandes alternativas a las que se enfrenta el mundo contemporáneo. Guerra o paz, desigualdad o reequilibrio de la riqueza entre Norte y Sur, emancipación o represión de la mujer, choque de civilizaciones o diálogo de culturas, democracia y derechos humanos o autoritarismo y represión, ciudadanía global y solidaria o desarrollo de actitudes fundamentalistas y nacionalistas, degradación del ecosistema o restauración y preservación de los equilibrios medioambientales. Una amalgama de viejos y nuevos problemas urge desplegar nuestros mejores oficios para encauzar políticas, acciones y relaciones a la altura de los retos a los que nos tenemos que enfrentar. La región requiere hoy más que nunca una estrategia global y coherente que integre la complejidad, riqueza y diversidad de la región. Una tarea urgente e inaplazable para redoblar los esfuerzos por construir un espacio de paz, estabilidad y bienestar compartidos. Esfuerzos que hasta el momento se han demostrado más bien modestos.

2. La Unión para el Mediterráneo, una oportunidad

El partenariado euromediterráneo constituyó en 1995 el acto fundacional de un nuevo impulso a través del llamado Proceso de Barcelona. Un nuevo proceso constituyente que buscaba construir nuevas políticas e instituciones que fueran más allá de las tradicionales relaciones exteriores entre Estados. El objetivo era diseñar una política ambiciosa que fuera más allá de las actuales limitaciones para construir entre las dos riberas una nueva política, la del Partenariado euromediterráneo, basada en el diálogo multilateral. Un nuevo esfuerzo para encontrar respuestas integrales, eficientes y coherentes en el terreno de las reformas políticas, del crecimiento económico y la reducción de las desigualdades, del diálogo cultural y humano, para lograr hacer de la región Mediterránea un espacio de estabilidad, paz y bienestar compartidos.

El objetivo sigue siendo hoy, más de una década después y tras la creación de la Unión para el Mediterráneo, demostrar que tanto los europeos como los amigos y socios de la ribera sur y este del Mediterráneo somos capaces de proporcionar soluciones propias para la región. Tarea compleja que requiere de imaginación política, voluntad y recursos. Este impulso debería ampliar de forma sustancial los tres pilares o cestas que definió la Declaración de Barcelona y que deberían recoger ahora las nuevas iniciativas políticas:

Ampliando y profundizando el diálogo político para promover una profunda reforma de las instituciones con el fin de consolidar la democracia y el Estado de derecho, la lucha contra la corrupción y el pleno respeto de los derechos humanos.

Estimulando las reformas necesarias para acercar sus economías a los estándares del Mercado Interior comunitario, con una mejora de la red de transportes, la política energética, la protección del medio natural o el refuerzo de la cooperación y asistencia en los asuntos de justicia e interior.

Trabajando para **construir un espacio sociocultural euromediterráneo** y hacer germinar un sentimiento de pertenencia y co-responsabilidad común de los diferentes pueblos de ambas orillas. Apostar de forma decidida por una mayor cooperación en política social y cultural, aprovechando el potencial de los sectores más dinámicos de la sociedad, las mujeres, los jóvenes y los inmigrantes.

El Proceso de Barcelona consolidó y desarrolló una visión política unitaria del partenariado euromediterráneo que ha permitido comenzar a dibujar un conjunto político de objetivos y retos, estrategias e instrumentos comunes. Pero a pesar de los avances y la buena voluntad de unos y otros, el partenariado euromediterráneo ha tenido un impacto limitado. Persisten en la región numerosos conflictos sin resolver que envenenan el diálogo político y la cooperación. No existe un nivel de integración regional e institucional suficiente y efectivo. Los mercados nacionales son excesivamente pequeños, con un bajísimo nivel de intercambios comerciales sur-sur. Así pareciera como que no existieran suficientes incentivos o resortes para hacer avanzar las reformas, a pesar de que la retórica política en la región es favorable con multitud de declaraciones e iniciativas (la iniciativa para el Gran Medio Oriente de los EEUU, la nueva Política de Vecindad de la UE, las declaraciones de la Liga Árabe de Sana'a y Alejandría, etc.) y la puesta en marcha de la nueva Unión para el Mediterráneo.

La realidad nos demuestra que existe una excesiva asimetría entre las urgentes necesidades en la región y las capacidades humanas y financieras disponibles para hacer frente a los desafíos que tiene la región por delante. La creencia europea de que el desarrollo económico constituiría el impulso necesario para avanzar en las reformas políticas y democráticas en algunos países, se ha manifestado erróneo. El debate sobre las reformas de los regímenes autoritarios ha tenido un impacto muy limitado en sus estructuras político-institucionales. Éstos, lejos de emprender el camino de las reformas y la apertura, han consolidado en muchos casos sus estructuras autoritarias bajo la excusa de la lucha contra el terrorismo, endureciendo todavía más las condiciones para una transición hacia modelos más inclusivos y participativos.

Esta tendencia autoritaria se comprueba cada vez más insostenible tanto por la realidad de la evolución del mundo, como por las dinámicas internas en cada una de las sociedades de nuestros países. En un contexto donde los estados tienen serias dificultades para poder ejercer un rol paternalista u omnipresente en cada uno de los sectores de la sociedad, emerge con fuerza la conciencia y la demanda de más libertad. Cada vez más amplios grupos de la sociedad civil demandan más autonomía, así como un contexto internacional que requiere de formas de cooperación más abiertas y cooperativas.

Ante esta realidad, es necesario y posible que actores externos como la UE puedan ejercer un rol positivo –que no imponer- en el proceso de promoción y aceleración

de las reformas. Para ello es necesario desarrollar una estrategia inteligente que apoye la generación de las condiciones necesarias para avanzar hacia sistemas más inclusivos y más democráticos. La UE y sus diferentes actores políticos, económicos sociales y culturales, tienen que promover y potenciar sus valores fundacionales sin complejos. No en vano los valores son intereses, pero para poder ejercer esa labor de presión suave y persuasión, los europeos requerimos tanto de programas de asistencia técnica y financiera como de la credibilidad necesaria para poder ejercerlos.

Europa y sus instituciones, tienen que desarrollar una combinación inteligente de los clásicos instrumentos y políticas de ayuda al desarrollo con nuevas estrategias, políticas y programas de apoyo a los procesos de democratización y reforma. El punto crítico es, sin embargo, la capacidad de armonizar el desarrollo económico con el urgente y necesario desarrollo de las capacidades humanas que permita pasar del círculo vicioso de autoritarismo- represión-subdesarrollo al círculo virtuoso de educación-buena gobernanza-desarrollo. Para ello será necesario diseñar una nueva ingeniería política, algo así como un *business intelligence* institucional.

Las necesidades y retos actuales nos obligan a diseñar una nueva creatividad política que sea capaz de construir comunidades, estrategias e instrumentos compartidos, a través de políticas económicas, sociales, y culturales atrevidas e innovadoras. Sin embargo, tendremos que preguntarnos hasta qué punto la política y sus actores principales -los partidos políticos-, podemos contribuir a ser parte de la solución.

3. Una nueva gobernanza. El retorno de la política

La región mediterránea y muy especialmente Oriente Medio y el Magreb, se enfrentan al doble reto de transitar de entornos y regímenes autoritarios hacia la democracia por una parte, así como de transformar economías arcaicas y cerradas hacia una economía de mercado abierta por otro. Una doble transición compleja que requiere de la aceptación previa de que en contextos políticos, económicos y culturales mundializados e interrelacionados, los gobiernos no tienen ni la capacidad ni la posibilidad de ser los únicos actores del cambio.

La emergencia de nuevos actores como los poderes locales y/o regionales, y de los diferentes grupos de la sociedad civil en la construcción de las nuevas sociedades, abren nuevas e interesantes posibilidades para ahondar en el camino de las reformas, la modernización y democratización. Eso hace necesario trabajar para garantizar las condiciones políticas para su participación, movilizand o voluntades políticas y los recursos necesarios para hacerlo realidad.

El reto futuro es generar una nueva cultura política apoyada en el respeto a los derechos fundamentales de las personas y el Estado de derecho, la agilización y apertura de procesos participativos que favorezcan la buena gestión y la transparencia de los asuntos públicos, y abriendo espacios y protagonismos para la participación crítica de la sociedad civil. Una nueva cultura que necesita de acompañamiento y nuevas capacidades, tanto de los actores sociales como de las élites políticas.

Una nueva gobernanza tiene que basarse en la formación de capital humano y la gestión inteligente de los recursos humanos para conseguir una nueva relación entre poderes públicos, ciudadanos y sector privado. Los gobiernos son sólo uno de los actores de la gobernanza, y hace falta abrir la participación y gestión de los asuntos políticos, económicos y sociales a otros nuevos con el consenso y la toma de decisiones democrática como método; consolidando la gestión transparente y la rendición de cuentas y exigiendo eficiencia y eficacia, así como el pleno respeto al Estado de derecho.

En un mundo complejo y en constante movimiento, debemos aceptar la complejidad como elemento intrínseco del diálogo y la participación, con la emergencia de nuevos instrumentos, nuevas redes y nuevos actores. Es un mundo que pide ser reinterpretado y necesita de una política poco convencional, con una propuesta de

integración que supere la lógica de la cooperación sólo entre Estados, puesto que ésta ha sido superada por una gran multiplicidad de actores.

Pero aún siendo conscientes de que la cooperación y el liderazgo de los gobiernos y las élites políticas estatales no son suficientes, son sin embargo necesarios. Éstos deben pasar a ser parte de la solución y no ser parte del problema. Para ello es necesario diseñar nuevas y mejores estrategias para que los futuros dirigentes políticos y las élites de esos países tengan recursos y posibilidades para afrontar los retos a los que se enfrentan. Todo un despliegue de nuevos instrumentos y políticas que no sólo afirmen unos valores sino que vayan más allá y sean capaces de establecer un verdadero diálogo y cooperación con los diferentes actores a todos los niveles, asumiendo las nuevas formas de relacionarse, participar y trabajar basadas en las redes, la complejidad y la pluralidad.

La aceptación de la no infalibilidad de los gobiernos y las élites estatales y gubernamentales, así como de la participación de nuevos actores en los asuntos públicos es la base de la calidad de la gobernanza. Asistimos a una “politización” –empowerment- de los espacios más próximos a los ciudadanos y el desarrollo de nuevos roles estratégicos. Una pertenencia a espacios y comunidades múltiples, lógicas de la movilidad por encima de lógicas de territorialización, emergencia de nuevos actores con nuevas relaciones, institucionalizadas o en red, con dinámicas más abiertas y plurales. Todo un nuevo entramado que es necesario articular de forma coherente y democrática para diseñar las grandes líneas políticas y estratégicas basadas en consensos políticos, sociales y económicos más amplios y participativos.

Cada país o región tienen sus particularidades y sus características propias que deben ser respetadas y aceptadas. Sin embargo, ello no debe ser obstáculo para afirmar y comprometerse con los principios fundamentales de una gobernanza democrática. Esto es, la aceptación de las decisiones colectivas por la mayoría, el ejercicio del control sobre las políticas e instituciones por parte de los ciudadanos, la igualdad de derechos y el respeto del principio de no-discriminación, el reconocimiento del pluralismo político y el respeto, promoción y protección de los derechos humanos.

Liderar un país o una organización, tiene que ver con la capacidad de percibir los “momentos” políticos en los que hay que aprovechar ciertas ventanas de oportunidad y apostar por ellas. Son precisamente los hechos, las acciones y las

políticas las que dan crédito a las ideas. Y es precisamente ahora cuando los partidos políticos y sus fundaciones, –sobre todo aquellos europeos del área del mediterráneo–, deben apostar por ser uno de los actores del cambio en la región.

No es suficiente con proclamar ciertas ideas o valores, sino que hay que demostrarlo con acciones y resultados. Hace falta un cierto coraje político además de capacidad para que la voluntad política se refleje en hechos y realidades. Y es precisamente en ese terreno donde los partidos políticos y sus fundaciones tienen que jugar un papel principal, esto es, ofrecer ideas, capacitación y apoyo para que una nueva generación de líderes políticos sean capaces de caminar por la senda de las reformas con la asistencia técnica y política necesaria para poder hacer realidad los deseos de democratización.

Necesitamos un nuevo liderazgo capaz de afrontar con mínimas garantías los retos del presente y del futuro. El perfil que debería requerir la competencia profesional de los políticos en el área mediterránea, es la capacidad de tomar decisiones colectivas en situaciones de gran complejidad. La política debería ser un ámbito de innovación y no sólo de gestión, y la creatividad tiene que ver además en gran medida con un lenguaje que sea capaz de hacerse cargo de lo nuevo. Todo ello exige una nueva forma de pensamiento, y pensar el cambio no como un riesgo sino como una oportunidad. Necesitamos una apuesta decidida por reconstruir una narrativa atractiva, coherente y eficiente para el Mediterráneo.

La política es posibilidad, oportunidad, compromiso, mediación y síntesis. La confrontación ideológica, lejos de ser un peligro para la democracia, constituye la fuente de la alternancia y la renovación. Es precisamente la falta de discusión, la imposición de los intereses particulares sobre los colectivos en muchos de los países mediterráneos lo que degenera y empobrece a las élites y a sus clases dirigentes. Las sociedades necesitan una pluralidad de escenarios y de actores para hacer valer sus derechos. Debemos pues ser capaces de construir nuevas coherencias en condiciones de más democratización y descentralización respetando los derechos de los unos y los otros.

Gobernar una sociedad compleja requiere ampliar el terreno político del juego democrático a nuevos actores. Nos encontramos ante el fin de la jerarquía como único principio ordenador de la sociedad. La obsesión por el orden conduce al bloqueo del sistema, como demuestra la realidad de tantos regímenes en la región. Gobernar se corresponde más con una estrategia de ordenación selectiva, un

equilibrio precario entre caos y orden, entre libertad y necesidad, entre contexto y autonomía. La crisis de la política en muchos países árabes es precisamente la incapacidad de comprender y aceptar que ningún sistema político parcial es capaz de asumir el papel de sistema único. Es precisamente el unilateralismo –ya sea de una hiperpotencia o de un régimen autoritario- uno de los problemas que conducen al aislamiento y, en definitiva, al empobrecimiento político, social y económico.

No se entiende ya la política como el lugar de unidad social sin la coordinación y la mediación de sistemas sociales complejos y dinámicos, que excluye el control estatal autoritario. El objetivo prioritario de la política debería ser el de encontrar el equilibrio entre las tareas públicas y privadas, reconociendo la interdependencia recíproca con otros, aprendiendo a convivir con hombres y mujeres, culturas, tiempos e instituciones diferentes. Una idea de progreso que no esté asociada a gestionar la complejidad, asumiendo la coexistencia de procesos, tensiones i movimientos plurales que no pueden ser reducidos a un único eje dominante, es una idea poco útil y empobrecedora.

4. El rol de las fundaciones de los partidos políticos

Reivindicar la política como elemento central en el proceso de reforma, modernización y democratización de nuestras sociedades, requiere del concurso activo y constructivo de los principales actores políticos. Los partidos y sus instrumentos (fundaciones, asociaciones, sindicatos afines, etc.) deben situarse a la cabeza del esfuerzo reformador. No puede haber un proceso de reforma o transición eficiente si las élites políticas no están predispuestas al cambio, alimentando el inmovilismo desde el sistema y provocando como reacción u oposición al sistema movimientos alternativos, que ven en el ejercicio de la violencia la única alternativa viable a los sistemas y regímenes actuales.

El principal objetivo de los partidos políticos y sus fundaciones –sobre todo en Europa-, debiera ser el de trabajar activa y coordinadamente por proveer la asistencia técnica y política necesaria para facilitar las condiciones para emprender el camino de las reformas. Ésta debiera tener una visión global, coherente y a medio y largo plazo, lejos de la actual estrategia de acciones y programas aislados e inconexos, sin una estrategia ni beneficiarios bien definidos.

Las actuales iniciativas -aunque bien intencionadas-, tienen un escaso impacto entre las élites y actores políticos y sociales dominantes en los países árabes. Construir confianza y cosechar resultados requiere de constancia y tiempo, asumiendo que es además un proceso de avances y parálisis. Trabajar en la región requiere de una visión global, apoyos políticos y medios técnicos que no están al alcance de ninguna institución por sí sola, haciendo necesario construir coaliciones más amplias.

Es paradójico que la UE invierta alrededor de 3.000 millones de euros al año entre programas económicos de las instituciones europeas e inversiones del BEI, pero apenas unos pocos millones en la capacitación y formación de sus dirigentes políticos. Un objetivo político debiera estar respaldado por políticas y recursos ambiciosos.

La única vía posible en la mayoría de países árabes es contribuir a desarrollar un modelo de transición democrática a través de sus propias experiencias y particularidades renunciando a la imposición exterior. Para ello hay que trabajar en diferentes frentes, desde lo local hasta lo global, para generar expectativas

creíbles a los diferentes grupos y sensibilidades en cada uno de los países, abriendo progresivamente nuevos espacios a la participación política.

Demandar o tratar de imponer procesos de democratización abiertos y plurales basados en estándares europeos u occidentales sin tener en cuenta la realidad interna, conlleva en la mayoría de los casos a una reacción de desconfianza y animadversión, cuando no a la radicalización de amplios sectores árabes alimentando el nacionalismo y el enrocamiento de los regímenes.

Es necesaria una estrategia inteligente y sutil que trabaje en diferentes frentes. Por un lado, continuar trabajando por una solución justa y duradera del conflicto israelí-palestino, fuente de la que emanan muchos de los agravios y argumentos de regímenes árabes para evitar caminar por la senda de las reformas. Por otro, invertir en capital humano –principalmente a través de las mujeres y los jóvenes- ofreciendo apoyo a la reforma y adecuación de los sistemas educativos, así como abriendo espacios y programas de formación y capacitación en ambas orillas del Mediterráneo para construir una cultura política común.

Las Fundaciones de los partidos políticos europeos, sobre todo de aquellos que tienen una clara vocación mediterránea, debieran enfocar la formación y capacitación de nuevos líderes y dirigentes en tres pilares fundamentales:

1. **La planificación estratégica a medio y largo plazo.** Es absolutamente necesario pensar más en términos de generación que en la próxima cita electoral. La experiencia de cooperación franco-alemana durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial nos demuestra que el trabajo de diálogo, cooperación y reconciliación requiere de una perspectiva plurianual y generacional con programas a medio y largo plazo.
2. **Abrir espacios para la formación, el diálogo, la interacción y la concertación, tanto a nivel partisano como plural.** La experiencia del Centro Europeo de la Juventud del Consejo de Europa basado en el método “*learning by doing*”, ha demostrado que la formación política de dirigentes asociativos juveniles como de organizaciones políticas y sindicales en entornos plurales, contribuye de una manera importante a la aceptación de una dialéctica política plural. Los resultados en la capacitación y formación seria y sostenible de decenas de jóvenes dirigentes de países con larga tradición autoritaria del centro y este de Europa, debiera ser un estímulo para implementarlo en otras áreas como el Mediterráneo.

3. **Diseñar programas de formación norte-sur y sur-sur.** Las élites y dirigentes políticos aceptan el diálogo y la cooperación -y el disenso- con contrapartes extranjeras, pero existen importantes problemas a la hora de aceptar la pluralidad ideológica y de opiniones en el seno de sus países y organizaciones. La experiencia demuestra que cuanto más diversidad seamos capaces de digerir, mayor es la capacidad de dialogar con otros grupos. Debiéramos pues ofrecer experiencias de convivencia e intercambio de futuros dirigentes del norte y del sur, como entre actores de un mismo país en un entorno amable e integrador.

Estas y otras muchas acciones, debieran estar destinadas a desarrollar un nuevo liderazgo en los países mediterráneos que trabaje tanto en el terreno de las convicciones como en los principios, ofreciendo un renovado optimismo y motivación por el futuro. Apostar por la formación en capacidades y habilidades políticas, técnicas y sociales. Formar en la aceptación del trabajo en equipo y del trabajo en red como nuevo paradigma de la participación política y social, alejados de la tradición de los hiper-liderazgos autoritarios.

En definitiva de lo que se trata es de reducir el enorme déficit que existe entre las expectativas generadas y las posibilidades y capacidades actuales para poder caminar por la senda de las reformas y la democratización. Contribuir a la formación de una nueva generación de líderes políticos, así como de nuevos actores sociales con nuevos rituales e ideales, con un nuevo vocabulario y con renovadas prácticas.

En el año que conmemoramos el VII centenario de la muerte de Ibn Khaldun, uno de las personalidades árabes más célebres, cabría recordar algunas de sus palabras: “La decadencia de los árabes no fue debida a la superioridad de sus enemigos. Fue a causa de la renuncia de los padres en asumir sus responsabilidades enseñando a sus hijos el arte de la discusión y de la retórica para convencer a sus rivales y enriquecer la visión racional y científica del mundo.”

La política es ante todo el arte de la palabra. Discurso y seducción para poder vencer y convencer antes que imponer. Debemos pues hacer una apuesta decidida por invertir más en que se multiplique la voz y la palabra en la región mediterránea. Las fundaciones políticas tenemos y podemos ofrecer mucho en ese terreno, la incógnita es hoy si queremos hacerlo.

**Promoting democratic governance and political dialogue
in the Mediterranean**
The role of political foundations

1. Introduction

The Mediterranean is a highly complex, dynamic region that needs to find, once again, its place as a privileged site of exchange and encounter amongst its peoples in a highly changing, globalised world. “Mare Nostrum” has been and remains today the witness of a common history and heritage, yet it has also served as the stage for dramatic clashes and conflicts, some of which are still today bathing the region in blood like a burden that is too heavy to generate an area of shared wellbeing and prosperity. The Mediterranean is an area of juxtaposed tensions and conflicts, clashes between cultures and peoples, with internal tensions in numerous countries between democracy and demagoguery, in a daily struggle between freedom and tyranny.

This old sea still condenses each and every major alternative the contemporary world it is facing. War or peace; inequality or rebalance of the wealth between North and South; emancipation or repression of women; the clash of civilisations or the dialogue amongst cultures; democracy and human rights or authoritarianism and repression; global, compassionate citizenship or the development of fundamentalist and nationalist attitudes; degradation of the ecosystem or restoration and preservation of environmental balances. An amalgam of old and new problems make it urgent to deploy our best offices to channel policies, actions and relations on par with the challenges we have to face. Today more than ever, the region requires a global, coherent strategy that encompasses the complexity, wealth and diversity of the region. This is a pressing matter that cannot be postponed any longer; we must step up our efforts to construct an area of shared peace, stability and welfare. Up until today, these efforts have shown themselves to be rather modest.

2. The Union for the Mediterranean: An opportunity

The Euro-Mediterranean Partnership was the founding act of a new impetus through the so-called Barcelona Process. This is a new constituent process that sought to construct new policies and institutions that went beyond the traditional foreign relations amongst different countries. The goal was to design an ambitious policy that superseded the current limitations in order to construct a new policy, the Euro-Mediterranean Partnership, spanning both shores of the sea and based on multilateral dialogue. A new effort to find comprehensive, efficient and coherent responses in the realm of political reforms, economic growth and the reduction in inequalities, cultural and humane dialogue, to make the Mediterranean region an area of shared stability, peace and welfare.

Even today, more than one decade later and after the creation of the Union for the Mediterranean, the goal remains to show that both Europeans and our friends and partners on the southern and eastern shores of the Mediterranean are capable of coming up with our own solutions for the region. Yet this is a complex endeavour that requires political imagination, a strong will and resources. This impetus should substantially expand on the three pillars or baskets defined by the Barcelona Declaration, and that now political initiatives would have to gather:

Expanding and deepening the political dialogue to promote a profound reform of the institutions in order to consolidate democracy and the rule of law, the struggle against corruption and full respect for human rights.

Stimulating the reforms needed to bring its economies closer to the standards of the EU's internal market, by improving the transport network, energy policy and environmental protection, and by strengthening cooperation and aid in justice and home affairs.

Working to **build a Euro-Mediterranean socio-cultural space** and sow a feeling of belonging and joint responsibility amongst the different peoples on both shores. This entails making a concerted effort at greater cooperation in social and cultural policy, taking advantage of the most dynamic sectors in society, namely women, young people and immigrants.

The Barcelona Process consolidated and developed a unitary political vision of the Euro-Mediterranean Partnership which has made it possible to draft a set of common political objectives and challenges, strategies and instruments. However, despite the headway made and the goodwill on all sides, the Euro-Mediterranean Partnership has had a limited impact. Numerous unresolved conflicts persist in the region which poison the political dialogue and cooperation. There is not a sufficient and effective level of regional and institutional integration. The domestic markets are excessively small, with an extremely low level of South-South trade exchanges. Thus, it would seem that there are not enough incentives or means to make headway on the reforms, despite the fact that the political rhetoric in the region is favourable, with a host of declarations and initiatives (the USA's initiative for the Greater Middle East, the EU's new Neighbourhood Policy, the declarations by the Arab League in Sanaa and Alexandria, and so forth), and the beginning of the new Union for the Mediterranean.

Reality has shown us that there is excessive asymmetry between the urgent needs in the region and the human and financial capacities available to rise to the challenges that the region is facing. Europeans believed that economic development would serve as the impetus needed to make headway on the political and democratic reforms in certain countries has been shown to be erroneous. The debate on the reforms of authoritarian regimes has had an extremely limited impact on their political and institutional structures. Far from embarking on reforms and greater openness, in many cases they have consolidated their authoritarian structures with the excuse of combating terrorism, making the conditions for a transition towards more inclusive and participatory models even harsher.

This authoritarian bent is increasingly shown to be unsustainable because of both the direction the world is moving in and the internal dynamics in each of the societies in our countries. Within a context in which states are facing serious difficulties in exercising a paternalistic or omnipresent role in all sectors of society, the awareness of and demand for freedom is surging with even greater momentum. Broad swathes of civil society are increasingly demanding greater autonomy, and the international setting is calling for more open, cooperative forms of cooperation.

In view of this situation, it is both necessary and possible for external stakeholders like the EU to play a positive role – yet without imposing themselves – in the process of promoting and accelerating these reforms. To accomplish this, an intelligent strategy must be developed that supports the generation of the conditions needed to make headway towards more inclusive and democratic systems. The EU and its

different political, economic, social and cultural stakeholders have to unabashedly promote and foster their founding values. Not for nothing are values equivalent to interests, yet in order to perform this task of gentle pressure and persuasion, we Europeans require both technical assistance and financial programmes to give us the credibility needed to perform them.

Europe and its institutions must develop an intelligent combination of the classical development aid instruments and policies along with new strategies, policies and programmes to support the processes of democratisation and reform. Nevertheless, the critical point is the ability to harmonise economic development with the urgent and much-needed development of human capacities that will allow these societies to shift from the vicious circle of authoritarianism-repression-underdevelopment to the virtuous circle of education-good governance-development. To make this a reality, it will be necessary to design a new type of political engineering, something resembling an institutional version of business intelligence.

The current needs and challenges require us to design a new political creativity that is capable of building shared communities, strategies and instruments through bold and innovative economic, social and cultural policies. Nevertheless, we must ask ourselves up to what point politics and we, its main stakeholders (the political parties), can contribute to being part of the solution.

3. A new governance. The return to politics

The Mediterranean region, and especially the Middle East and the Maghreb, are facing the twofold challenge of first navigating through authoritarian settings and regimes in order to achieve democracy, and secondly transforming archaic, closed economies in order to achieve an open market economy. This is a complex twofold transition that requires previous acceptance that in globalised and interrelated political, economic and cultural contexts, governments have neither the ability nor the possibility of being the sole agents of change.

The emergence of new stakeholders, such as local and/or regional powers, as well as of different groups from civil society in the construction of the new societies opens up new and interesting possibilities for venturing further along the pathway of reforms, modernisation and democratisation. This makes it necessary to guarantee the political conditions that allow them to participate by mobilising the political will and resources needed to make it come true.

The future challenge is to generate a new political culture based on the respect for people's fundamental rights and the rule of law, to facilitate and open up participatory processes that foster sound management and transparency in public affairs, and to open up spaces and opportunities for critical participation in civil society. In short, a new culture that needs mentoring and new skills for both the social stakeholders and the political elites.

A new kind of governance must be based on training human capital and intelligently managing human resources in order to achieve a new relationship amongst public authorities, citizens and the private sector. The governments are just one of the stakeholders in governance, and we must pave the way for other new stakeholders to participate in and manage political, economic and social affairs with a method consisting of consensus and democratic decision-making. We can accomplish this by consolidating transparent management and accountability and demanding efficiency and efficacy, as well as full respect for the rule of law.

In a complex, ever-shifting world, we must accept complexity as an intrinsic element of dialogue and participation, with the emergence of new instruments, new networks and new stakeholders. This is a world that is begging to be reinterpreted and that needs a new unconventional kind of politics with a mission of integration that

overcomes the logic of cooperation solely between states, given that the state has been superseded by a vast and multiple web of stakeholders.

Yet even though we are aware that cooperation and leadership by governments and the state political élites are not enough, they are in fact necessary. They must become part of the solution as opposed to part of the problem. To accomplish this, new and better strategies must be designed so that the future political leaders and élites in these countries have the resources and possibilities to rise to the challenges they are facing. What is needed is an entire range of new instruments and policies that not only affirm values but go much further and are capable of setting up true dialogue and cooperation with the different stakeholders at all levels, while absorbing the new ways of interacting, participating and working based on networks, complexity and plurality.

The acceptance of the non-infallibility of the governments and the state and governmental élites, as well as participation by new stakeholders in political affairs, is the foundation of quality governance. We are witnessing a “politicisation” – empowerment – of the spaces closest to citizens and the development of new strategic roles. A sense of belonging to multiple spaces and communities, logics of mobility prevails over logics of territorialisation. The emergence of new stakeholders with new relations, either institutionalised or networked, with more open and plural dynamics. A whole new system which must be articulated both coherently and democratically in order to design the major policy and strategy lines based on broader and more participatory political, social and strategic consensuses.

Every country or region has its own particularities and characteristics that must be respected and accepted. However, this should not serve as an obstacle to affirm and pledge to uphold the fundamental principles of democratic governance. That is, the acceptance of collective decisions by the majority, the exercise of control over policies and institutions by citizens, equal rights and respect for the principles of non-discrimination, acknowledgement of political pluralism and the respect, promotion and protection of human rights.

Leading a country or an organisation has do to with the ability to perceive political “moments” in which one must take advantage of certain windows of opportunity and gamble on them. It is precisely deeds, actions and policies that give ideas credit. And now is the time when political parties and their foundations –

especially European ones in the Mediterranean region – should gamble on becoming one of the agents of change in the region.

It is not enough to proclaim certain ideas and values, rather they must be demonstrated through actions and results. Some degree of political courage is needed, not to mention the ability to ensure that the political will is reflected in deeds and realities. It is precisely in this realm where political parties and their foundations should play a crucial role by offering ideas, training and support so that a new generation of political leaders is able to embark on the pathway of reforms with the technical and political assistance they need to make the dreams of democratisation come true.

We need a new type of leadership that is able to rise to the challenges of both the present and future with minimum guarantees of success. The profile of professional competency of politicians in the Mediterranean region should be the ability to take collective decisions in extremely complex situations. Politics should be a realm of innovation and not just management, and creativity is also largely related to a language that is capable of dealing with what is new. All of this requires a new way of thinking, and thinking about change as not a risk but an opportunity. We need a steadfast determination to reconstruct an appealing, coherent and efficient narrative for the Mediterranean.

Politics is possibility, opportunity, commitment, mediation and synthesis. far from being a hazard to democracy, ideological confrontation constitutes the source of alternation and renewal. In many Mediterranean countries the lack of discussion, the imposition of private over collective interests, is precisely what degenerates and impoverishes the élites and their ruling classes. Societies need a plurality of scenarios and stakeholders to exercise their rights. We must thus be capable of constructing new coherencies in conditions of greater democratisation and decentralisation, while respecting everyone's rights across the board.

Governing a complex society requires broadening the political terrain of the democratic game to include new stakeholders. We are witnessing the end of hierarchy as the sole principle to organise society. The obsession with order leads to a stalemate in the system, as shown by the reality of so many regimes in the region. Governing is more like a strategy of selective organisation, a precarious balance between chaos and order, between freedom and need, between context and autonomy. The political crisis in many Arab countries is precisely the inability to grasp

and accept the fact that no partial political system is capable of taking on the role of sole system. One of the problems leading to isolation, and ultimately to political, social and economic impoverishment, is precisely unilateralism – of either a hyper-power or an authoritarian regime.

Politics is no longer viewed as the place of societal unity rather as the coordination and mediation of complex, dynamic social systems which excludes authoritarian state control. The top goal of politics should be to find a balance between public and private endeavours, acknowledging reciprocal interdependence with others, with different men and women, cultures, times and institutions learning to live together. Any idea of progress that is not associated with managing complexity, with accepting the coexistence of processes, tensions and plural movements that cannot be reduced to a single predominant strand, is an idea that is both useless and impoverishing.

4. The role of political party foundations

Claiming politics as a central element in the process of reform, modernisation and democratisation of our societies requires active, constructive help from the main political stakeholders. Political parties and their instruments (foundations, associations, related trade unions, etc.) should be at the forefront of these reforming efforts. There cannot be an efficient process of reform or transition if the political élites are not willing to change by feeding the inertia from within the system and spurring alternative movements that view the exercise of violence as the only feasible alternative to the current systems and regimes as reactions and oppositions to the system.

The main goal of the political parties and their foundations – especially in Europe – should be to work actively and in a coordinated fashion to supply the technical and political aid needed to pave the way for the conditions needed to embark on the pathway of reforms. They should have a global, coherent vision of the middle and long term, which is a far cry from the current strategy of isolated, unrelated actions and programmes with either strategies or beneficiaries that are clearly defined.

The current initiatives, while well-intentioned, have had scant impact on the prevailing élites and political and social stakeholders in Arab countries. Building up trust and harvesting results requires perseverance and time, not to mention the understanding that it is also a process with stops and starts, fits and bursts. Working in the region requires a global vision, political support and technical means that are within the scope of no single institution alone. This, then, makes it necessary to build broader coalitions.

It is paradoxical that the EU invests around 3,000 million euros per year between economic programmes run by the European institutions and investments in the EIB, yet just a few million in empowering and training its political leaders. Any political objective should be backed by ambitious policies and resource allotments.

The only possible pathway in the majority of Arab countries is to contribute to develop a model of democratic transition via their own experiences and particularities, while refraining from imposing from the outside. To do this, work is needed on different fronts, from the local to the global, to generate expectations

that are credible to the different groups and sensibilities in each of the countries, and gradually opening up new spaces for political participation.

In the majority of cases, demanding or trying to impose open or plural democratisation processes based on European or Western standards without taking into account the internal reality leads to a reaction of mistrust and ill will, if not to the radicalisation of broad swathes of Arab society, thus feeding nationalism, and the retrenchment of the regimes.

What is needed is an intelligent, subtle strategy that works on different fronts. First we need to keep working towards a fair and lasting solution to the Israeli-Arab conflict, the source of many of the Arab regimes' wrongs and arguments to avoid embarking on the pathway of reforms. Secondly, we need to invest in human capital – mainly through women and young people – thus supporting the reform and adaptation of the educational systems, as well as opening up spaces and programmes of training and empowerment on both shores of the Mediterranean in order to build a common political culture.

The foundations run by the European political parties, especially those with a clearly Mediterranean bent, should focus the training and empowerment of new leaders and ruling classes into three fundamental pillars:

1. **Strategic planning in the middle and long term.** It is utterly crucial to think more in terms of generations than the next elections. The experience of French-German cooperation during the decades after World War II demonstrates that efforts involving dialogue, cooperation and reconciliation require a pluriannual and generational perspective with middle- and long-term programmes.
2. **Opening up spaces for training, dialogue, interaction and agreement, both plural and on party level.** The experience of the Council of Europe's European Youth Centres based on the "learning by doing" method has shown that the political training of young organisational leaders and of political and trade union organisations within a pluralistic setting contributes meaningfully towards the acceptance of a plural political dialectic. The results of the serious, sustainable empowerment and training of dozens of young leaders from countries with a longstanding authoritarian tradition in Central and Eastern Europe should serve as a stimulus for implementing the same type of programmes in other areas, such as the Mediterranean.

3. **Designing North-South and South-South training programmes.** The élites and political ruling classes accept dialogue and cooperation – and even dissidence – with foreign counterparts, yet they have major problems accepting ideological plurality and varying opinions within their own countries and organisations. Experience shows that the more diversity we are able to steer the greater our capacity for dialogue with other groups. Therefore, we should offer interchange and exchange experiences to future leaders from both North and South, as well as amongst stakeholders from the same country, all in a friendly, integrative setting.

These and many other actions should be aimed at developing a new type of leadership in the Mediterranean countries that works in the realms of both convictions and principles, offering renewed optimism and motivation about the future. We need to focus on training in political, technical and social capacities and skills and in networking as a new paradigm of participation in both politics and society, a far cry from the tradition of authoritarian hyper-leadership.

In short, the goal is to reduce the enormous gap between the expectations generated and the current possibilities and capacities in order to embark on the pathway of reforms and democratisation. That is, to contribute to the training of a new generation of political leaders, as well as a new generation of social stakeholders with new rituals and ideals, with a new vocabulary and updated practices.

In the very year when we are commemorating the 7th centennial of the death of Ibn Khaldun, one of the most celebrated Arab personalities in history, we would do well to recall his words: “The fall of the Arabs was not due to the superiority of their enemies. It was brought about by parents’ refusal to take on their responsibility of teaching their children the art of discussion and rhetoric in order to convince their rivals and enrich the rational and scientific vision of the world.”

Politics is above all the art of the word. Discourse and seduction harnessed to prevail and persuade as opposed to impose. Thus, we must make a concerted effort to invest more in ensuring that voices and words multiply in the Mediterranean region. We political foundations should and can offer a great deal in this realm; today, the question is whether or not we want to.

